

## La ética de la singularidad

El psicoanálisis no es una ética, pero tiene una ética. ¿Cuál? Ciertamente, hasta la fecha, ninguna respuesta, entre las propuestas, por Freud o Lacan, ha sido capaz de llegar a un consenso.

De entrada, el psicoanálisis ha situado la ética como exterior a su campo: su fundador, Freud, dijo que era "indiferente a la cuestión ética" -un término que es, al parecer, a menudo o incluso siempre confundido con la moral-. Esto no objeta la posible formulación de una ética freudiana, que no debe confundirse con la ética del psicoanálisis, como el "deseo de Freud" con el "deseo del analista".

Fue necesario esperar al acontecimiento Lacan para que la ética se situara en el corazón del psicoanálisis. Él, primero examinará las condiciones éticas del psicoanálisis -que no son menos importantes que sus condiciones epistémicas - antes de cuestionar y tematizar lo que llamó, no la ética del sujeto, ni incluso la ética del psicoanalista, sino la ética del psicoanálisis. Esta formulación, que hace tesis, y que da título al Seminario Lacan de 1959-1960, constituye en sí misma un verdadero golpe de fuerza.

El paso de Lacan consistió, por un lado, en poner al día la originalidad de la posición freudiana en materia de ética y, por otro lado, en afirmar y sostener que hay sin lugar a dudas una ética del psicoanálisis —una ética que se deduce de su práctica y que no se confunde con el ethos del analista ni con la posición ética del analizante—, ética cuyos principios pueden aislarse a partir de las reservas y las críticas formuladas por Freud en contra de la educación, pero igualmente de la religión y de la medicina.

A decir verdad, este paso más allá de Freud no es así mismo tan unilateral como se ha podido decir aquí y allá, en realidad, hay un movimiento complejo, incluso tortuoso, de la posición de Lacan, que ciñe los momentos cruciales de su enseñanza.

Si J. Lacan comienza hablando de la ética del psicoanálisis en 1959-1960, es para subrayar, por un lado, "la importancia de la dimensión ética en nuestra experiencia y en la enseñanza de Freud" (La ética del psicoanálisis, p.11) y, por otro lado, para ratificar que el psicoanálisis hace una contribución decisiva a la reflexión ética como tal. Tal vez esta sea la razón por la cual

esta ética sigue siendo, en esta etapa, una ética del juicio, y ambiciona servir para todo sujeto hablante. Esta universalidad cuasi kantiana contraviene y se opone a la tomar en cuenta cualquier singularidad.

Con la "Nota sobre el Informe de Daniel Lagache" (1960), se produce un primer giro, en la medida en que la pregunta en la que Lacan desemboca y es la siguiente: ¿cómo "el camino del parloteo de la experiencia analítica" conduce a esta ética "convertida al silencio" por "el advenimiento del deseo"?

Es con "Televisión" (1973), en el apres-coup de su teoría de los discursos (El reverso del psicoanálisis) y "Radiofonía" (1970)) que Lacan establecerá de manera firme y definitiva su tesis de la relatividad de la ética al discurso. Así, la ética del discurso del amo no es la ética del discurso de la histeria, así como la ética del discurso de la histeria no es la del discurso del analista, el único en realidad en el que Lacan se detiene.

Es a esto último a lo que él propone llamar "ética del Bien-decir". Ni ética del Bien en absoluto, y menos aún del "Bien Soberano" -Lacan ya la ha rechazado desde su Ética del Psicoanálisis de 1959-1960-, ni ética del decir, sino sin lugar a dudas "ética del Bien -decir", una ética de la interpretación, si creemos en las últimas líneas de la "Televisión". Sin embargo, la interpretación evoca y convoca el deseo (Cf. El deseo y su interpretación), la transferencia (ninguna interpretación admisible fuera de la transferencia, ni antes de la instalación de esta última), el corte (que subvierte y modifica la superficie, o el nudo del hablante) y el acto.

En suma, si hay una ética del psicoanálisis, es la misma que Freud declina poniendo el acento sobre la transferencia -su manejo y maniobra- y Lacan sobre la interpretación. La ética del deseo y la ética del bien-decir, que con gusto tomamos como el alfa y el omega del camino abierto por Lacan sobre este asunto y que permanecen sin embargo en la estructura y lo universal. Esto tiene su precio, pero deja en la sombra lo que, en un psicoanálisis y en el psicoanálisis, se desliza entre lo particular y lo universal, pasa por la historización, por tanto, por vías originales, rasgos distintivos a veces acentuados en exceso, en definitiva, por la singularidad.

Por otra parte, en la actualidad, uno de los peligros a los que se enfrenta el psicoanálisis consiste en los diversos movimientos que, queriendo doblegar esto último a las particularidades de sus goces comunitarios, corren el

riesgo no sólo de socavar sus fundamentos universalistas -los del sujeto hablante, entre el lenguaje y el discurso- sino de objetar lo que constituye el principio mismo de cualquier práctica o enfoque clínico: uno por uno.

Es en este punto en el que se sitúa la cuestión de lo qué se puede llamar, no la singularidad – sin duda en razón de sus muchas connotaciones en la lengua francesa – sino simplemente lo singular, cuya preocupación no debe dejar jamás el analista de principio al fin de la experiencia analítica. En efecto, no conviene olvidar jamás, que si cada analizante es un sujeto-efecto del significante que lo divide y lo representa para otro significante- es porque más allá de las categorías diagnósticas -neuróticas, psicóticas, perversas- u otras categorías bajo las que a veces llega y que nosotros clasificamos de -heterosexual, gay, lesbiana o trans- cada uno es sujeto a su manera, singular, lo encarna según un estilo propio, por lo tanto, original o incluso excepcional.

Queda por ver, ahora, qué debe entenderse por singularidad, y si puede o no articularse, fundar o constituir el objetivo de una ética como la del discurso psicoanalítico.